

Tenemos una relación compleja con el pan. Caminando por donde está el "area del pan" en cualquier supermercado, se nos muestra una cornucopia de variedades de panes: francés, pan integral, pan de centeno, trigo integral, grano antiguo, pita, blanco y muchos más. La variedad y la selección son los sellos distintivos de nuestra sociedad. A veces es fácil de olvidar cuán básico era el pan en las culturas antiguas. El pan no era un artículo especial en que se permitía opciones y distinciones. El pan era el alimento básico de la vida, que se consumía diariamente como una fuente esencial de nutrición.

Con los carbohidratos complejos que se encuentran en la harina del pan, ahora hay varias dietas comercializadas que nos hacen "contar los carbohidratos del pan". El pan ahora ha adquirido un lado siniestro. Una marca de pan "liviano" o "*light*", es decir de bajo contenido calórico, anuncia solo 45 calorías por porción. No solo algunas personas han elegido limitar severamente su consumo de pan, sino que incluso lo han eliminado por completo.

El pueblo hebreo en su viaje de éxodo de la esclavitud y la muerte en Egipto a la tierra prometida de "leche y miel" murmuró contra Moisés para tener pan. Nuestra primera lectura nos cuenta cómo Dios escuchó su clamor y satisfizo su hambre al derramar el maná, el "pan del cielo". Además de satisfacer el hambre física, el maná era un signo de la fidelidad de Dios de su alianza y relación con el pueblo hebreo para proveerlos en su vida. Lea con cuidado a través de lentes el Evangelio de hoy, la bajada del maná del cielo prefigura el último "pan celestial" de Dios: con el regalo de sí mismo a través de Jesús. Al igual que nosotros, el pueblo hebreo en la época del Éxodo y en la época de Jesús ya tenían una relación compleja con el pan, incluso con el "pan celestial". El pueblo hebreo comenzó a refunfuñar y a quejarse acerca de este "pan miserable", y en el Evangelio vemos el escepticismo de los oyentes de Jesús después del milagro de la multiplicación de los panes y los peces, cuando Jesús se autoidentificó como "el pan de vida" bajado del cielo.

Reflexionando sobre la historia del Libro del Éxodo y en las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy, y junto con nuestra relación contemporánea con Jesús, me llevó a preguntarme, y reflexionar sobre varias preguntas que ahora se las planteo también a ustedes: *¿Cuál es mi relación con Jesús? ¿Realmente tengo hambre por él en mi vida como mi "pan de cada día", una relación que no puedo tener diariamente o, mordisqueando alguna forma de "el pan de Jesús light"—con gran sabor pero menos abundante— ¿Una vida de fe y práctica, y de estar contento de hacer lo mínimo que debo para llegar al cielo?" ¿El de participar en misa todos los fines de semana, es el acto*

central que expresa y satisface mi hambre por Jesús como el "Pan de vida", ¿o es una proposición de "tómalo o déjalo"? Si puedo "trabajar en esto, ¡listo!", pero si no, no ir a la a la misa es como saltarse el almuerzo ¿No va a doler mucho? Mientras estoy aquí en Misa, ¿Cuál es el nivel de mi participación? ¿Dónde y a quién Jesús está llamándome para ser, en él, "el Pan de la Vida"?

Recientemente leí algunas estadísticas que hacen pensar, y que hablan de la hambruna del pan que afecta la vida de la iglesia de hoy. Es un artículo escrito por el Obispo Robert Barron que señala que el grupo "religioso" de más rápido crecimiento en los Estados Unidos son los "nones"—los que afirman no tener una afiliación religiosa. El 25 por ciento de nuestro país— 80 millones de personas— dicen que no tienen una religión formal. La imagen entre los adultos jóvenes es aún más sombría. Casi el 40 por ciento de menores de 30 años son nones, y entre los católicos en ese mismo grupo de edad, el número asciende al 50 por ciento. De todos los niños católicos bautizados o confirmados en estos últimos treinta años, la mitad ya no participa en la vida de la Iglesia. Algunos de ustedes han compartido su preocupación y angustia sobre estos hechos y esta realidad evidente en sus familias.

Jesús se ofrece a sí mismo en cada Misa como nuestro "Pan de Vida". Aquí, en la misa, Jesús se entrega continuamente como el "viático"(*viaticum*)— el alimento que nos nutre en el viaje de nuestra vida— para satisfacer nuestras hambres más profundas de sentido y propósito, para sustentar y alimentar con el *don de vida eterna* que es recibida en el bautismo. Cuando somos alimentado por Jesús con el "Pan de vida", Jesús nos llama a **"hacer esto en memoria mía"**—nosotros mismos nos volvemos completos, y Jesús enriquece el pan para los demás, viviendo el cuerpo de Cristo— a través de nuestras palabras y acciones, ofreciendo su amistad, su vida en nosotros y para todas las personas en nuestras familias, la escuela, el trabajo y la comunidad en general, no a través de la coerción o a las zancadillas de culpa, sino mediante la oración, el amor y el testimonio. Para los muchos "nones" y los otros, nosotros somos enviados a ofrecernos como el "Pan de Vida" en Jesús. Somos enviados como el "maná" para alimentar a los muchos que habitan en el desierto de nuestro mundo.

Nuestro Himno en la misa, para la Preparación de los Dones de Dios, que cantaremos en unos minutos más, lo señala mejor: *"Yo mismo soy el pan de vida. Tú y yo somos el pan de vida, tomado y bendecido, quebrado y compartido por Cristo para que el mundo pueda vivir "*.

Padre Jim Secora